

COMENTARIO A LA PRIMERA HOMILIA DE ORÍGENES SOBRE EL SALMO 38(37)

Gustavo Felten D.

*Sacerdote del Oratorio San Felipe Neri. Profesor del
Pontificio Seminario Mayor San Rafael.*

I- Introducción:

En estos días cayó en mis manos el último tomo de las *Fuentes Cristianas* N° 411 con las homilias de ORÍGENES sobre los salmos 36 a 38. Me fascinó de tal manera que me di el trabajo de traducir y comentar una parte de la primera homilía del latín resp. francés para presentar a los lectores de *Veritas* un hermoso ejemplo de la hoy poco apreciada exégesis patristica.

Me di cuenta que la falta de precisión científica moderna, la compensa con creces con aspectos pastorales, espirituales, homiléticos y eclesiales. ORÍGENES se revela en estos textos como eximio predicador, catequista y pastor. Como tal, he elegido el salmo que toca el siempre difícil tema de la cólera de Dios.

La traducción del salmo sigue con ORÍGENES a la versión de los *LXX*. El texto de sus homilias está entre comillas laterales (« »).

II- Comentario al Salmo 38 (37). Primera parte (1-3).

1 Salmo de David. Para recordar.

2 Señor, no me acuses en tu furor;
y en tu cólera no me castigues.

3 Porque tús flechas se han clavado en mí,
y has puesto tu mano firme sobre mí.

1.- *Médicos de cuerpo y alma.*

En el prefacio ORÍGENES inmediatamente enfoca el salmo bajo la mirada del pastor, porque él sabe cuánto sus ovejas, sobre todo las perdidas, sufren ante el furor de Dios. Por eso deja en claro, desde el comienzo, que Dios, como el gran médico, no quiere la muerte del pecador, sino que viva (Cfr. Ez 33, 11).

«Dios, el creador de los cuerpos humanos, sabía que tal era la fragilidad del cuerpo humano que podía agotarse y herirse y ser sometido a otras enfermedades. Por eso, proveyendo los futuros sufrimientos, creó también los medicamentos de la tierra y los entregó a la ciencia de la medicina, para que, cuando alguien se enfermara, no falte el remedio.

¿Dónde quiere llegar este prólogo? Se refiere, sin duda, al alma. Porque, cuando el creador de todo la creó, sabía que sería capaz de futuros vicios, y por ellos ser sometida y esclavizada por los pecados. Y así, como preparó remedios para el cuerpo con hierbas, compuestas con arte y ciencia, así también preparó medicamentos para el alma, a través de estos sermones que siembra y dispersa entre las divinas Escrituras; para que los que fueren oprimidos por alguna enfermedad, inmediatamente, cuando sientan la fuerza del mal y se den cuenta de molestias o dolores de una llaga, es decir, cuando vean que el alma se porte fuera de su cauce normal, requieran un régimen espiritual apto y conveniente que por los preceptos divinos los puedan sanar. Entregó también la técnica del arte medicinal, cuyo primer médico es el Salvador, que dice de sí mismo: "No necesitan al médico los sanos, sino los enfermos" (Mt 9, 12). Y era el médico jefe que supo sanar toda debilidad y enfermedad (Mt 9, 35) y sus discípulos Pedro y Pablo, pero también los profetas, son médicos y todos aquellos que después de los apóstoles han sido instituidos y se les ha confiado la ciencia de curar heridas, los que Dios quiso en su

Iglesia como médicos, porque no quiere nuestro Dios la muerte del pecador, sino espera su conversión y oración».

2.- *Recordar los pecados.*

Después de ubicar el salmo y su interpretación en la vida de la Iglesia de su tiempo con sus pastores, se dirige ORÍGENES al texto mismo y encuentra en el antiguo título una palabra suelta, misteriosa: "para recordar". ¿Qué quiere decir?

«El salmo que recién fue leído, nos muestra para el caso que alguna vez hayamos caído en pecado, cómo y con qué efecto hay que orar y suplicar al médico por nuestros dolores y enfermedades. Si, entonces, el enemigo nos haya ganado y herido nuestra alma con sus dardos ígneos, el salmo nos enseña en primer lugar, que conviene, después de pecar, reconocer el pecado y guardarlo en la memoria, para que el corazón acicateado y atormentado por su delito, se refrene y retracte por un tiempo, a fin de no cometer más tal cosa. Por eso creo que el mismo salmo tiene como título: "Salmo (de) David. Para recordar". Lo que significa esta memoria, se desarrolla en el transcurso del salmo entero».

Hoy parece más importante cuidar la memoria de nuestros pecados y de las gracias de Dios. La cantidad de informaciones, en vez de ayudarnos, nos estorba de guardar nuestra propia historia. Sin recordar nuestros pecados y el inmenso amor de Dios, no podemos llegar a perdonar "de corazón" y, sin este perdón no se puede vivir, ni en la Iglesia, ni en ninguna otra comunidad¹. Ahora no es fácil guardar la memoria del pecado, porque hay un cierto olvido interesado. Por eso tienen que haber personas o instituciones encargadas de recordar los pecados para así introducir el proceso de conversión para el perdón de los pecados (Cfr. Hech 3, 19). De este tema, ya bien documentado en el NT y evidentemente muy vivo en la Iglesia de su tiempo, trata ORÍGENES a continuación.

3.- *La corrección eclesial.*

«Veamos, entonces, los que somos pecadores, lo que hay que decir y hacer, cuando nos encontremos en un delito, para que,

¹ Cfr. Para toda la homilía de ORÍGENES el discurso eclesiástico en Mt. 18, 15 a 18, 35

después de haberlo aprendido en la Sagrada Escritura, merezcamos conseguir también el remedio de nuestra herida. Siempre ha sido bueno dotar el cuerpo de nuestra alma (por decirlo así) de buena salud, para que rodeado de las armas de Dios y defendido contra todos los dardos ígneos del diablo maligno, quede invulnerable, sin languidecer ni enfermarse y sin que nuestro hombre interior reciba nada viciosa ni morboso. Si por negligencia o desidia del ánimo incurre en pecado, que conozca las consecuencias. Ser acusado o reprendido es una pena dolorosa, un sufrimiento tan grave que también personas aparentemente creyentes y piadosas, si alguna vez, como son humanos, hayan incurrido en algún delito, y hayan sido acusados, se indignan contra sus acusadores y les toman odio. Pero éstos los corrigen para que mejoren.

Este mal fue la causa porque también los profetas por el antiguo pueblo fueron odiados y perseguidos. Este fue el motivo que hizo descuartizar a Isaías, sacrificar a Zacarías entre el templo y el altar, hundir a Jeremías en la fosa del fango y, finalmente fue la causa que llevó a nuestro Señor Jesucristo a la cruz. Todos estos crímenes y flagelos que enumeramos, no han tenidos otra causa que, como rechazaron ser purificados por una reprimenda formal y saludable de los culpables, el pueblo perdió la paciencia con curas y remedios y se apasionó por la muerte de su médico.

Bienaventurados llama la Sagrada Escritura a los sabios que, cuando pecan y son acusados, no odian a sus acusadores. Así, pues, la Sagrada Escritura dice: "No corrijas a los malos, para que no te odien, corrige al sabio. El te amará" (Prov 9, 8). Ves como la Sagrada Escritura llama sabio a alguien que merece corrección, pero no odia, sino ama a su corrector. Así han sido los que por el Apóstol han sido acusados y corregidos, pero no odiaban a sus correctores. Por eso también opino que el que en Corinto había cometido un delito grave (1 Cor 5, 11), consiguió misericordia, porque después de haber sido acusado por el Apóstol -y tan gravemente acusado que fue excluido por la Iglesia- sin embargo no tomó odio a su acusador, sino aceptó con paciencia su corrección y la soportó con fortaleza. Creo que incluso tomó más afecto a Pablo y a todos los que habían solidarizado con su reprensión. Por eso Pablo revoca su sentencia y readmite a la Iglesia al expulsado diciendo: "¡Confirmad la caridad para con él!" (2 Cor 2, 8). Porque él vio que el pecador, después de su castigo, había guardado la caridad; por eso no habló ni después su pecado, de conferir la caridad (porque ya la tenía), sino de confirmar, lo que ya estaba en él.

Es entonces necesario que se acuse al que peque. Pero como es difícil de soportar esta reprensión mientras estamos enfermos, aunque sea útil, evitamos recibirla en presencia de todos. ¿Qué digo "todos"? Ni siquiera en presencia de dos testigos aguantamos, cuando nos reprenden, sino inculpamos al acusador diciendo: Convendría que tú me dijeras lo que quieras a solas, y no me hagas pasar vergüenza en presencia de muchos. Con dolor, pena, agitación, estamos atormentados en los sentimientos interiores del alma».

ORÍGENES sabe por experiencia lo difícil que es aceptar la corrección y al corrector. Lo ve documentado ya en la Biblia con varios casos de los profetas, los correctores ex officio, que culminan en la muerte de Jesucristo. El caso famoso de la primera carta a los corintios (Cap. 5) le sirve como ejemplo de pecado gravísimo, pero de una reconciliación lograda, como hace ver la segunda carta.

En todo se nota que la antigua práctica penitencial estaba en plena vigencia en los tiempos de ORÍGENES. Pero ya aparecen ciertos problemas de publicidad. Aunque, aparentemente ORÍGENES no muestra mucha simpatía por una confesión más privada, tiene conciencia de lo difícil que es la corrección pública. En el fondo el problema se mantiene hasta hoy. La confesión secreta, con todas sus ventajas, no satisface a nivel de signo, como reconciliación con la Iglesia. El individualismo moderno, tal vez, no permita otra solución. Pero está creciendo el sentido de la Iglesia como *koinonía*.

4.- *Los educadores humanos y el castigo de Dios.*

«Si tal es la corrección con que los hombres nos castigan, ¿qué hacemos, cuando Dios nos acusa, si el mismo Dios nos frena y reprime con furor? Nosotros que no podemos aguantar la ira de un obispo cuando nos reprime, sino que lo aceptamos solamente con indignación, ¿cómo vamos a soportar aquel furor que se atribuye a Dios cuando corrige? El profeta está consciente de las muchas maneras de corregir y dispuesto a ser corregido como cualquier hombre por sus delitos. Pero, temiendo un castigo mayor, el de ser castigado con la ira de Dios, dice lo que ya en otro salmo había expresado: "Señor, no me castigues con cólera" (Sal 6, 2), y continúa en forma similar: "¡ni con furor me corrijas!"

Conviene, entonces, decir algo de la corrección, de la cual el Apóstol en forma general enseña: "Ninguna corrección de momento

es agradable, sino penosa; pero luego produce fruto apacible de justicia a los que les fueron sometido" (Hb 12, 11). Uno lo ve también en los niños. Cuando sus educadores los castigan con la vara o sus maestros los despiertan con molestias, sólo con mala voluntad lo aceptan y consideran el dolor como un gran mal a pesar de que les fue aplicado para su educación. No desconocen los avances que a través de tal educación y corrección han recibido. Pero no los aceptan con buena voluntad. Si la educación de los niños es así, qué debemos pensar de nosotros, los adultos? ¿Cuál educación o corrección pensamos que nos amenaza a nosotros, que no viene de administradores ni de pedagogos? (La Escritura conoce pedagogos (Gál 3, 24), administradores (1 Cor 4, 1) y cuidadores de niños). ¿Qué digo, debemos pensar y sentir, cuando se encarga de nuestra educación y corrección el mismo padre de familia?

Volvamos de nuevo a la educación de los niños. Si el niño es educado por su educador, no será necesario que conozca la severidad de la corrección paterna que es provocada por delitos más graves y deshonorosos. Si recibe una reprimenda de su profesor, no será tan severo como lo puede ser el padre de familia, cuando conozca un delito grave de su hijo. Porque si el padre corrige pecados mayores y más graves y lo cometido por el hijo era de tanto peso que provocaba la ira del padre, sin duda que, después de la tormenta y los suplicios, hay que temer también la pena de exclusión de la familia.

Si has entendido la comparación, pasa conmigo del ejemplo a la misma causa y aplica lo dicho a nosotros los hombres. Todos los obispos, presbíteros y diáconos nos educan y educando aplican castigos y duras reprimendas. Así también cuando nos educan encargados o tutores que son como ángeles a quienes han sido encargadas nuestras almas para abastecerlas y dirigir las (...).

Pero existen otros pecados que sanciona el mismo padre de familia, alguien que excede la medida de los crímenes y cuyo sacrilegio apunta más allá de la contumelia de una criatura. Nadie más que solo Dios sabe quién debe entregarse a los administradores para su castigo, quién a los tutores para su corrección, cuándo debe ser sometido al pedagogo y para quién las correcciones de todos ellos serían insuficientes, cuando se trata de alguien que, por decirlo así, haya provocado la misma mano divina para su venganza.

Si has entendido lo dicho hasta ahora y has seguido su significado más profundo, considera ahora como el profeta sigue, cuando dice: "Aun cuando me corrijas, Señor, ¡no me corrijas con ira!" (Jer 10, 24). Pero nosotros no queremos ser corregidos, ni

aguantamos al educador cuando nos amonesta, ni a los tutores o encargados cuando nos corrigen. Por eso es necesario que la misma ira de Dios induzca nuestra corrección. El profeta pues dice: «¡Señor, en tu furor no me corrijas, ni en tu ira me castigues!».

Después de haber tomado el peso a la corrección eclesial, ORÍGENES llega a la formulación chocante del primer verso del salmo, que Dios “no corrija con furor ni castigue con cólera”. De la experiencia de su propia vida y como pastor conocer el miedo del hombre ante Dios. Enfoca el problema partiendo de un texto de Hebreos (12, 15) e ilustra su validez con la educación de los niños que son los más corregidos y castigados en la sociedad. Todo el mundo se resiste a la corrección a pesar de su evidente necesidad y su provecho para el futuro. Así también la corrección eclesial es difícil, pero indispensable para la conversión y la paz de la Iglesia. Pero ¿cómo será la corrección divina? ¿Los hombres podrán aguantarla, cuando viene con furor y cólera? Para contestar esta pregunta, ORÍGENES reduce el sentido de estas palabras a su verdadero alcance y las ubica en la vida e la Iglesia.

Llama la atención como integra en la vida institucional de la Iglesia términos tan poco jurídicos como furor, cólera, ira. En el fondo hace lo mismo que los exégetas de la crítica formal de nuestro siglo que buscan el *Sitz im leben* de cada texto. Pero mientras éstos siguen un interés literario e histórico, ORÍGENES tiene un interés pastoral. Ubica los conceptos no en la vida pasada de Israel, sino en la vida eclesial de su tiempo; no con herramientas filológicas refinadas, sino con la lucidez del hombre de la Iglesia y pastor de almas.

Pare él la actuación divina y humana en la corrección del pecador no son alternativas, sino complementarias. Allá están en primer lugar, obispos, presbíteros, diáconos y sus encargados que corrigen e imponen castigos correspondientes. Pero Dios corrige la marcha de la Iglesia, para discernir qué caso corresponde a cada instancia, sobre todo para saber cuál debe reservarse a sí mismo; casos «deshonrosos», «que exceden la contumelia de una criatura», «que han provocado la mano divina». Son casos donde hay que tomar en consideración la exclusión de la Iglesia, una medida que corresponde al *pater familias*, al jefe de la familia con toda la plenitud de su autoridad que le correspondía en la antigüedad. Pero ni siquiera en estos casos, el pecador grave caía totalmente fuera de

la caridad eclesial, si aceptaba el veredicto, sino podía ser readmitido. ¡Qué delicado era (y es) tomar decisiones en este terreno! Se entiende que ORÍGENES opina que tales decisiones deben estar reservadas a Dios mismo y por eso es necesario dirigirse directamente a él, como efectivamente lo hace el salmista pidiendo que no caiga todo el peso de la ira de Dios sobre él. Aunque esta ira, por un lado, es necesario para empujar a los pecadores recalcitrantes que no han entrado en razón con la intervención humana-eclesial, por el otro lado siguen tan temible que nadie no puede desearla a nadie. Así ORÍGENES sigue excavando en las honduras de Dios y de la vida de la Iglesia.

5.- *Las flechas de Dios.*

«Ahora, el que pide a Dios no ser corregido con furor, ni ser reprendido con ira, debe dar alguna razón. Veamos entonces cual sea esta razón, para que nosotros, si pecamos también, podamos darla y proceder según lo que se nos ha enseñado y no incurramos en la venganza del Señor. Porque, dice, “tus flechas se han clavado en mi y tu mano confirmaste sobre mí” (38, 2). Las palabras de Dios son similares a flechas. Así dice el Salvador: “Me puso como flecha elegida y me escondiste en tu cárcaj” (Is 49, 2). El que anuncia entonces la palabra de Dios, tira flechas. Y cuando habla corrigiendo y castigando, con el dardo de la reprimenda perfora el corazón del que lo oye. Por eso, quien acepta las palabras de Dios de tal forma que los sermones que escucha clavan su corazón y lo estimulan a la penitencia, puede estar seguro que a él la palabra de Dios no llegó en vano ni pasó de largo, sino en él se han clavado todas aquellas flechas de los sermones divinos».

Siguiendo el texto del salmo, ORÍGENES descubre el lugar exacto que corresponde a su recitación: después de que las flechas de la palabra de Dios se han clavado en el corazón del pecador y lo han empujado a un profundo remordimiento. En la lógica y liturgia de la conversión corresponde a la palabra de Dios un lugar fundamental. Como flecha penetra y se clava en el corazón. Es el predicador inspirado en la Biblia quien en la liturgia penitencia tira las flechas bien apuntadas al corazón de la persona que se resiste todavía.

6.- *Con mano firme.*

«Por ejemplo, si en esta multitud de personas que me están escuchando, haya algunos conscientes de algún pecado que hayan cometido, (aunque no estuviera ninguno, de todas maneras deben haber algunos conscientes) y éstos, después de oír lo que estamos diciendo, lo entienden bien y en forma correcta, y se arrepiente su corazón por los dardos de nuestras palabras, y perforados de tales dardos, sienten dolor y se convierten a la penitencia, pueden decir: “Señor, no me corrijas con furor, ni en tu ira me castigues, porque tus flechas se han clavado en mí”. Pero, si, al escuchar, no sienten ninguna compunción, sino como en un cuerpo ya muerto, en su alma ninguna flecha, ningún dardo despierta un sentimiento de dolor, ningún recuerdo de sus pecados, este es el caso que debe ser corregido por los acicates del furor del Señor y acusado por las reprensiones de su ira. Porque no puede decir a Dios: “Tus flechas están clavadas en mí”».

Ojalá que todos los que nos escuchan, se arrepienten, estimulados por lo que se les dice y, movidos a penitencia, digan a su médico: “Tus flechas están clavadas en mí”; y mientras nos castigas con la palabra de Dios, mientras golpeas, mientras nos hieres en el interior de nuestra conciencia, digan: “Tienes firme tu mano sobre mí”. Porque el pedagogo pone la mano firme sobre los niños, mientras castiga (...) y la aprieta más todavía, cuando da golpes duros. Así también uno puede hablar al Señor, mientras manda las flechas de sus palabras, aunque la mande por quien sea, porque “has puesto tu mano sobre mí”».

Para ORÍGENES la corrección de la Iglesia, incluso con la palabra de Dios, no es infalible. El hombre puede resistirse. Es el gran misterio de la obstinación que ya preocupa tanto en el NT (Cfr. Mt 13, 13ss; Jn 12, 40; Hch 28, 26s). El que está como muerto en su corazón o totalmente endurecido, no puede contar con que Dios escuche su súplica de no ser corregido con ira. Él necesita los acicates del furor divino como última posibilidad de su conversión. Ya no es la liturgia sacramental de la Iglesia la que actúa, sino Dios mismo en la historia del pecador trabaja con él. Aunque el tratamiento de Dios sea duro, es la última posibilidad para el pecador. También la ira de Dios trabaja para su salvación.

Pero ORÍGENES no se conforma con esta explicación tan hermosa y profunda, sino la pone inmediatamente en práctica,

porque la palabra de Dios quiere actuar en el momento de su entrega. «Si en esta asamblea hay algunos conscientes de sus pecados, que se arrepientan y pidan a Dios». ORÍGENES está consciente de estar anunciando la palabra de Dios eficaz que apunta a la salvación de los que escuchen. "Hoy se cumple".

Como cada pastor, sabe ORÍGENES de la posibilidad que el hombre en su lucha por la conversión tiende a evadir, sea a la palabra de Dios o, incluso, al "tratamiento intensivo" de la Ira de Dios. Por eso hay que desear que el Señor se ponga firme y no retire su mano. Todo está en que el pecador no se arranque de la mano de Dios aunque ésta lo castigue, pero para su salvación, ni tampoco de su palabra que llama y penetra aunque sus predicadores no sean siempre los más iluminados, como deja ver de paso.

III- Comentario al Salmo 38(37). Segunda parte (4-11).

Los primeros versículos del salmo 38 que comentamos, eran una petición, que servía a ORÍGENES a describir y discutir el penoso proceso de una posible reconciliación con Dios y la Iglesia. Primero el pecador debe someterse a la disciplina eclesial, ejercida por sus pastores y apoyada por la palabra de Dios, antes de exponerse al castigo de Dios mismo. Ahora, en la "lamentación", el salmista se queja de sus sufrimientos, que expresa con las siguientes palabras:

- 4 No hay nada sano en mi carne ante la faz de tu ira,
no hay paz en mis huesos ante la faz de mis pecados.
- 5 Mis pecados han sobrepasado mi cabeza,
como carga insoportable pesan ante mí.
- 6 Porque mis heridas supuran y apestan
por causa de mi locura.
- 7 Afligido estoy en mi miseria y encorvado en extremo
Y todo el día camino en tristeza.
- 8 Porque mis riñones están llenos de ilusiones
Y no hay nada sano en mi carne.
- 9 Estoy afligido y muy humillado,
Rugiendo con el gemir de mi corazón.
- 10 Señor, ante tu faz está todo mi anhelo
y mi gemir no está escondido ante ti.
- 11 Mi corazón está conturbado
y me dejaron mis fuerzas.
La luz de mis ojos no está conmigo.

1.- *No hay nada sano en mi carne.*

Comenzando el versículo 4 (“No hay nada sano en mi carne ante la faz de tu ira”), ORÍGENES encuentra dos conceptos de mucho peso en una teología bíblica que le ayudan a entender mejor la ira de Dios de la cual habla la primera parte del salmo: la carne y la faz.

«Sobre el que en Corinto había pecado, conviviendo con su madrastra, el Apóstol había dispuesto “entregarle a Satanás para perdición de la carne” (1 Cor 5, 5). ¿Se puede creer que Pablo quería corromper al hombre que hizo entregar a Satanás? ¿No parece mejor pensar que entregó su carne a la perdición para su salvación? Así añade: “Entregué a tal hombre a Satanás para perdición de su carne para que el espíritu se salve en el día del Señor”. Indicando así que el espíritu no puede salvarse si la carne no muere. Pero vive la carne en el pecador, muerta está la carne en el justo. Por eso dice el justo: “Siempre llevamos en nuestro cuerpo el morir de Jesucristo, para que la vida de Jesucristo se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Cor 4, 10). Y también hemos recibido el mandato: “Mortificad vuestros miembros terrenos” (Col 3, 5) y dichoso el hombre que ha muerto al pecado, según lo dicho: “El cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justificación” (Rom 8, 10). Esta entrega de la carne a la perdición significa que muere el apetito carnal en nosotros y ya no viven los deseos de la carne. Si muere el sentimiento carnal y con él su sabor, el espíritu se salva. En este sentido, entonces, el Apóstol entregó a la perdición de la carne al que había vivido según la carne para que, una vez que haya muerto el instinto carnal, el espíritu se salve en el día del Señor».

Las reflexiones sobre la carne tocan puntos muy importantes para ORÍGENES: La salvación escatológica no se descarta ni para los pecadores graves excomulgados de la comunión eclesial. Al contrario, el alejamiento (temporal) de la Iglesia es un medio para su sanación y presenta una nueva posibilidad de salvación. ORÍGENES apoya su opinión (y seguramente su práctica pastoral) con abundantes argumentos bíblicos, especialmente paulinos, que se pueden resumir en el imperativo: “Mortificad vuestros miembros terrenos” de la carta a los Colosenses (3, 5). No se habla hoy mucho de “mortificación”. Tiene sabor de tiempos pasados. El comentario de la *Biblia de Jerusalén* pone la palabra en su contexto bíblico amplio

y profundo: "La muerte y resurrección, realizados por el bautismo de manera instantánea y absoluta en el plano místico de la unión con Cristo celeste, deben realizarse de forma lenta y progresiva en el plano terrestre del viejo mundo en el que sigue sumergido el cristiano. Muerto ya en principio, debe morir de hecho, 'dando muerte día a día' al hombre viejo pecador que vive aún en él". "Los que cometen fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia, que es una idolatría, atraen la cólera de Dios" (Col 3, 5s). La entrega a Satanás es, entonces, estar expuesto a la cólera de Dios "en el mundo", sufrirla y así "despojarse del hombre viejo".

2.- *La faz de la ira de Dios.*

Dos veces aparece en el versículo 4 la expresión "ante la faz", una vez se refiere a la ira de Dios, la otra a los pecados. Se trata de un hebraísmo que traduce literalmente *lifné* (de *panim* = rostro, cara, faz), mientras en el tiempo de nuestro salmo su sentido ya se había reducido a "delante de, ante". De todas maneras "a la faz de tu ira" combina dos conceptos afines: la ira se refleja en el rostro de la persona. Pero ORÍGENES hace una diferencia entre el miedo ante la ira de Dios y el miedo ante la faz de su ira; porque la faz de la ira no es todavía la ira misma que destruye, sino su reflejo en la cara de Dios como lo describe la Sagrada Escritura. Si éste ya me perturba, ruego que no tenga que sufrir aquélla. Esta observación coincide con lo que ORÍGENES había dicho arriba acerca de las flechas de la palabra de Dios que nos preservan de su cólera. La Sagrada Escritura actualizada en la Iglesia es el medio para llegar a una experiencia soportable de lo divino, mientras que el encuentro con la merecida cólera de Dios fuera de ella pone al hombre ante su misterio francamente temible de muerte. El libro del Exodo va más lejos todavía. Niega a Moisés la gracia de ver el rostro de Dios, porque "no puede verme el hombre y seguir viviendo" (33, 20). Puede ver solamente sus espaldas, después de que su gloria ha pasado. Las espaldas, el rostro, la gloria de Dios, son distintas formas y grados de mediatizar y graduar la experiencia de Dios mismo que, para el pecador, incluye siempre su ira.

3.- *La cara de los pecados.*

El salmo habla en el verso 4 no sólo del rostro de la cólera divina, sino también de la cara de los pecados, en un lenguaje algo forzado debido a la traducción literal. Pero en esta traducción literal

ORÍGENES descubre otro matiz de los pecados. Ellos muestran su verdadera cara.

«No hay paz en mis huesos a la faz de mis pecados». También eso lo debe decir quien pecó y, después de pecar, se acuerda de su pecado, como el mismo David decía en el salmo 50: “Mi pecado está ante mí siempre”. Pero también hay personas que, después de pecar, quedan tranquilas y ya no piensan en sus pecados y no les pasa por la mente el mal que han hecho, sino viven como si no hubieran hecho nada. Éstos, entonces, no pueden decir: “Mi pecado siempre está ante mí”. Pero si alguien, después de pecar, se consume y aflige por su culpa y se agita por los remordimientos de su conciencia que lo muerden sin cesar y lo reprochan en lo oculto de su corazón, éste dice con razón: “No hay paz en mis huesos ante la faz de mis pecados”. En realidad, hay una cierta cara de los pecados, para decirlo así, un cierto color y aspecto que hacen recordar y reconocer las faltas antes cometidas. Cuando ponemos, entonces, ante los ojos de nuestro corazón nuestros pecados, y tomamos el peso de cada uno de ellos, enrojecemos de vergüenza y nos arrepentimos de haberlo hecho, entonces nos perturbamos y aterramos y decimos con todo derecho: “que no hay paz en nuestros huesos ante la faz de nuestros pecados”.

El que se arrepiente de sus pecados puede añadir también: “Mis pecados han sobrepasado mi cabeza, como carga pesada pesan sobre mí”. Porque los que no sienten dolor ni peso por sus pecados, sino están seguros y nadan en sus delicias, ellos no pueden decir ni sentir que sus iniquidades hayan crecido más allá de toda medida y superado la altura de su cabeza; si no ellos desaparecen y se reducen a la nada y por eso no pueden decir: “Mis pecados sobrepasan mi cabeza, como un peso grave pesan sobre mí”. ¿Cómo podrían decir eso los que no sólo se deleitan en sus delitos, sino también se ufanan de sus malas acciones y así su pecado no se hace carga, sino un placer. A ellos entonces no corresponde decir las palabras del salmo, sino las dirán los que sienten la libido ya como algo sucio, los vicios un horror, el placer ha perdido su gracia en el presente y es considerado como nada, porque no tiene futuro. Ellos pueden decir también lo siguiente: “Mis heridas supuran y apestan”.

No tiren, dice el Salvador, vuestras perlas a los puercos (Mt 7, 6). Con estas palabras se refiere a los que se deleitan de la hediondez como los puercos, que buscan el hedor como olor suavísimo. Considera a un pecador que se deleita en sus pecados y

está contento de sus maldades, porque él mismo en la basura hedionda se revuelca y no recibe nada del hedor que sale del estiércol del pecado, sino se deleita como en sumos placeres y las más agradables delicias. Pero si a éste le sucede un día que deponga los sentidos y el olfato de los puercos y perciba el gusto de la palabra de Dios, de tal forma que pueda sentir el hedor de sus pecados, inmediatamente se convierte a la penitencia y busca enmendarse, se pone impaciente de su propio hedor y clama al médico celeste y le muestra sus llagas putrefactas con las palabras: "Hedor y putridez se han hecho mis llagas de cara a mi locura". Con razón llama al pecado locura, porque ningún sabio lo comete nunca».

4.- *Pobre de mí.*

«Si ves a alguien que ha pecado y no puede mirar al cielo, sino, con el cuerpo encorvado y pegado a la tierra el rostro, no sólo de su cuerpo, sino también de su alma, y el cuello torcido como un círculo, entonces comprenderás qué significa que alguien queda encorvado totalmente. Si tú quieres conocer por ejemplos cómo por sus pecados todos se encorvan, de tal forma que no pueden mirar hacia arriba y al cielo elevar sus ojos, entonces contempla aquel publicano que, según el Evangelio, entra en el templo y no se atreve a levantar sus ojos al cielo, sino golpea su pecho y confiesa sus pecados diciendo: "Señor, ten piedad de mí que soy un pecador" (Lc 18, 13). A él le correspondía decir: "Encorvado estoy extremadamente y todo el día andaba triste". Al decir esto, explica cómo es el afecto y ánimo de un penitente cuando dice: "Desde que pequé, nunca más reí, nunca más me alegré, nunca me permití ningún gozo, sino siempre me encontré triste, en penitencia y luto".

Tal es la enseñanza del Evangelio, cuando dice el Señor: "Bienaventurados los afligidos" (Mt 5, 5); "bienaventurados los que lloran" (Lc 6, 21). Al contrario, si alguien es un pecador, culpable de muchos males y no le impulsa ningún remordimiento de sus maldades, y peor, se ríe, está contento y alegre, y no se inquieta de nada en su conciencia, mira, si a él no le convendría más que se le diga lo que está escrito: "Ay de vosotros que ahora reís, porque tendréis aflicción y llanto" (Lc 6, 25)».

5.- *Estoy afligido y muy humillado.*

«En las fiestas del Señor se nos prescribe comer pan de aflicción y en las mismas fiestas se dice que el hombre humille su

alma y cuando se avisa la fiesta de la expiación se dice: Humillad vuestras almas. Porque quien hace penitencia por sus delitos se aflige, como aquel publicano, que mencionamos arriba. Por eso dice el salmista no sólo que está afligido y humillado, sino muy afligido y muy humillado.

Para dar un ejemplo: Pongamos que haya un rico según el mundo, con gran abundancia de bienes y, de repente, decae y se encuentra en extrema miseria, expulsado de su casa y patria, relegado en una isla o roca, pasa una vida sucia e infeliz en la soledad; después se acuerda de su patria y familiares, la nobleza, familia y fortuna, abundancia de riquezas y de toda esta vida que había vivido en delicias. Con estas lamentaciones y gemidos cultiva la memoria de su antigua felicidad. ¿No será para él una mayor pena recordar lo que perdió que sufrir lo que tiene que aguantar?

En forma similar, contempla conmigo una persona que ha pasado su vida con sobriedad, castidad y justicia, que en sus actos ha procedido a conciencia; si este pierde su patria, es decir, a la Iglesia y es tirado a cualquier islote y terribles rocas que son la sede del pecado y lo separan de sus bienes y riquezas, que eran todas su obras buenas y se vea reducido a la última pobreza, porque todos sus actos justos que hizo no se recuerdan por su pecado. Si se encuentra entonces en tales circunstancias, con qué gemidos, con qué lamentaciones proclamará: "Rugía con el gemir de mi corazón. Señor, ante tu mirada está todo mi anhelo y mis gemidos. Por eso todo lo que pequé o todas las concupiscencias del mundo que busqué u otra cosa que cometí, todo lo llevo ante ti y en mis oraciones lo pongo ante tu mirada. Y mis gemidos no están escondidos de ti". Porque tú sabes que siempre gimo.

"Mi corazón está perturbado y mi fuerza me ha dejado". Tú, Señor, mira mi corazón, porque está perturbado por mis pecados. Por eso suplico que no sea juzgado con furor, ni corregido con ira. Y si mi fuerza me ha dejado, es, sin duda, porque antes era fuerte y mi conducta buena, pero después caí, porque me dejó mi fortaleza y la luz de mis ojos no está conmigo". Esta parece la voz del que, después de la iluminación (de su bautismo), después de la entrega de la doctrina (*traditio*), después de haber conocido la verdad, cayó en las tinieblas. Para que nosotros no suframos lo mismo, sino que nuestra luz sea siempre en nosotros y como agentes de las obras de la luz tengamos confianza como hijos de la luz en Jesucristo, oremos siempre y sin cesar supliquemos a Dios Padre a quien son la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén».

